



## Encarnando los secretos: la (re)activación de los secretos en el ámbito de las parejas heterosexuales jóvenes

Victoria Cubedo Pinazo<sup>1</sup>

Recibido: 08-07-2015 / Aceptado: 11-11-2016

**Resumen.** Debido a una determinada lógica de la transparencia que caracteriza a la sociedad actual, los secretos son estigmatizados de tal manera que aparecen como elementos antagónicos a los vínculos y a su formación. Sin embargo, desde una perspectiva sociológica se puede advertir que los secretos son claves en nuestras relaciones y, especialmente, en la relación de pareja. Por lo tanto, el objetivo de este artículo es analizar el papel que desempeñan los secretos en la relación de pareja, a partir de una serie de entrevistas realizadas en su mayoría a parejas. Se trata de un estudio de caso que muestra la participación (re)activa de los secretos en todas las fases del vínculo de pareja y, puesto que nuestra experiencia de este vínculo es siempre desde el género, esta variable ha servido de eje vertebrador tanto en la observación como en el posterior análisis. De este modo, las principales conclusiones a las que se llega en este trabajo son que, por una parte, los secretos hacen pareja, construyen vínculo, y, por otra, que los secretos son performativos del género, elementos que producen y reproducen la masculinidad y la feminidad.

**Palabras clave:** secretos; relación de pareja; género; performatividad; transparencia.

### [en] Embodying Secrets: (Re) activation of Secrets in Young Heterosexual Couples

**Abstract.** Due to the specific logic of transparency which characterizes our current society, secrets are stigmatized such that they appear as antagonistic elements to the formation and continuation of bonds. However, from a sociological perspective we can perceive secrets as central in our relationships and, especially, in relationships between partners. Therefore, the objective of this article is to analyse the role of secrets in relationships from different interviews done mainly to couples. This is a case study that shows the (re)active participation of secrets in every stage of interactions between couples. Our experience of these interactions is always dictated by gender hence this variable is the core idea both in the observation and later analysis. Thereby, the main conclusions of this study are, on the one hand, secrets build relationships and links, while on the other hand, secrets are examples of gender performativity, elements which produce and reproduce masculinity and femininity.

**Keywords:** secrets; relationship; gender; performativity; transparency.

**Cómo citar:** Cubedo Pinazo, V. (2017): “Encarnando los secretos: la (re)activación de los secretos en el ámbito de las parejas heterosexuales jóvenes”, *Política y Sociedad*, 54(2), pp. 443-459.

<sup>1</sup> Universidad Complutense de Madrid (España).  
E-mail: victoriacubedopinazo@gmail.com

**Sumario.** 1. Introducción. 2. De la retro-actuación a la (re)activación de los secretos. 3. Dinámicas de los secretos. 4. La confesión: el secreto como una tecnología del yo. 5. Bibliografía.

## 1. Introducción

En la actualidad, los secretos parecen ser sinónimo de complicaciones y origen de desencuentros, algo negativo de lo que los sujetos intentan desvincularse. Esta caracterización de los secretos va unida a -o es consecuencia de- una imperante *lógica de la transparencia*<sup>2</sup> que convierte a la transparencia en un valor hegemónico en nuestra sociedad. A nivel discursivo, la transparencia es perseguida por los sujetos tanto para definir el *self* como para calificar el tipo de relaciones personales que mantienen, especialmente la de pareja. Pero, ¿qué significa esto en la práctica? ¿Realmente podemos relacionarnos sin secretos? Es más, ¿el ideal de transparencia no será un síntoma de que precisamente, en la sociedad actual, todo es opaco?

Este último interrogante enlaza con la *destradicionalización* que, según los autores Beck y Beck (1998), trajo consigo la Modernidad. Ahora la identidad personal ya no viene dada por la religión o por la familia de origen, sino que los individuos se ven obligados a responder ellos mismos a la pregunta de “¿quién soy yo?” (Beck y Beck, 1998), teniendo como resultado infinitas posibilidades y combinaciones identitarias. Así, en una sociedad cada vez más compleja, con individuos cuyas subjetividades son más difíciles de conocer *a priori*, el clamor a la transparencia habría que entenderlo más bien como una respuesta ante tanta incertidumbre que como una realidad *de facto*.

En este sentido, la figura del secreto se convierte en una herramienta de análisis social muy potente en tanto que se sitúa en los márgenes del discurso dominante de la transparencia que pretende ordenar los vínculos y la subjetividad. Concretamente, resulta esclarecedor estudiar el papel que desarrollan los secretos en las relaciones de pareja, un ámbito en el que por excelencia –según el ideal social– debe reinar la transparencia (Lasén y Casado, 2012), lo cual se torna complicado si tenemos en cuenta que el individuo moderno aspira a ser autónomo e independiente. Además, al situarnos en el ámbito de la pareja heterosexual se abre otro interrogante, ya que la variable de género entra en juego.

Pero antes de avanzar en estas cuestiones, conviene aclarar por qué se utiliza la palabra “secretos”, en plural, en vez de “secreto”, puesto que no se trata de un aspecto estético o azaroso, sino que responde a una cuestión epistemológica. Se nombra al secreto en plural con la pretensión de huir de la visión estática que puede tal vez desprenderse al hablar en singular; el uso en singular puede hacernos creer que el secreto fuera algo cerrado en una definición atemporal, pero los secretos, en tanto que objeto sociológico, no pueden entenderse desde una definición anacrónica, sino dentro de un contexto social determinado.

Los secretos son una ocultación de la información, pero ello no significa que estén fuera de lo social. Aunque el secreto no goce de mucha popularidad debido a

<sup>2</sup> Aunque aquí el tema de la transparencia se aborda desde una perspectiva micro, se ha considerado la posibilidad de una conexión entre el ideal de transparencia en el nivel de las relaciones sociales interpersonales y el reclamo de la transparencia a nivel institucional, pues en ambos casos la transparencia podría ser una respuesta ante la creciente complejidad de nuestra sociedad.

que su relación con el mal eclipsa todo lo demás (Simmel, 2010), la realidad es que no podemos entender las relaciones sociales sin considerar los secretos<sup>3</sup>. Por ello, a lo largo de estas páginas se analizará cómo los secretos están presentes en el vínculo de pareja no sólo en clave destructiva sino protagonizando dinámicas en las que se construye efectivamente el vínculo, en las que la pareja experimenta una (re)activación a través de los secretos.

El trabajo de campo<sup>4</sup> del cual surge el presente escrito se compone de un total de 30 entrevistas a personas entre 25 y 45 años, de clase media, con un nivel educativo universitario y residentes en Madrid<sup>5</sup>, entre las cuales se encuentran 10 parejas (entrevistas realizadas a ambos miembros por separado) y 10 personas sin pareja en ese momento<sup>6</sup>. Aunque se inscribe en un trabajo de campo más amplio, concretamente las dinámicas que aquí se observarán corresponden al rango de edad de 25 a 30 años, un momento vital en el que, dentro de que es población joven, el porcentaje de personas que no ha tenido pareja estable es muy bajo (4,6%)<sup>7</sup> por lo que aumentan las probabilidades de dar con personas que estén en pareja y además que hayan tenido diferentes experiencias y puedan establecer comparaciones respecto a las anteriores relaciones.

Además, la estrategia metodológica consistente en entrevistar a ambos miembros de una misma pareja y también a personas sin pareja se diseñó con el propósito de captar cómo se percibe y vive el secreto en la relación de pareja y las expectativas que se ponen en ella, teniendo en cuenta la distinta situación sentimental desde la que se enuncia, de forma que se puedan contrastar los relatos producidos dentro de la propia pareja y éstos a su vez con discursos no tan directamente comprometidos con el ideal de la transparencia.

En primer lugar, explicaré qué quiero decir con *(re)activación de los secretos*, situando el concepto en el ámbito de la pareja, lo que conduce a considerar también su conexión con la variable de género. En el siguiente punto, analizaré las distintas *(re)activaciones* de los secretos contextualizadas a través de tres dinámicas, a saber, la dinámica de descubrir/esconder, la dinámica de la reciprocidad y la dinámica de guardar/revelar. Por último, realizaré una reflexión sobre la idea de subjetivación de Foucault y los secretos que servirá para repasar los resultados empíricos con cierta perspectiva con el fin de presentar las principales conclusiones de este trabajo.

---

<sup>3</sup> Precisamente de esta vinculación de los secretos con el mal derivarían de forma más o menos directa toda una línea de estudios referentes al tabú y al estigma (Goffman, 2001; Sedgwick, 1998), acepciones que no se tratarán de modo específico en este escrito porque remiten a una vivencia más individual de los secretos y a un secreto que, aunque se configura como tal en la interacción misma, ha sido reflexionado previamente como información controvertida; sin embargo, aquí interesan los secretos desde una conciencia práctica y desde un punto de vista de lo colectivo (el centro del análisis lo ocupa la propia relación interpersonal).

<sup>4</sup> Este trabajo de campo se realiza en el marco de una tesis doctoral en curso que lleva por título "*Los secretos en la (re)articulación de los afectos: prácticas comunicativas en parejas heterosexuales*" adscrita a la Universidad Complutense de Madrid.

<sup>5</sup> Los modos de reclutamiento de las personas entrevistadas consistieron en diversos tipos de contactaciones informales; se empleó el método de bola de nieve —tanto a nivel de contactadores como con las personas entrevistadas—, la difusión por email a partir de listas de correo, etc.

<sup>6</sup> A la hora del análisis, el periodo de edad observado (25-45 años) se ha dividido en rangos de edad de 5 años. Otras variables que estructuraron el análisis fueron el tiempo que llevaba la pareja, la experiencia amorosa pasada, la convivencia (si se convivía o no y cuánto tiempo) y si se tenía o no hijos/as.

<sup>7</sup> Dato extraído del Injuve, 2010 (no hay actualizaciones de esta cifra posteriores).

## 2. De la retro-actuación a la (re)activación de los secretos

Mediante la expresión de *(re)activación* mi intención es rescatar al secreto como herramienta de análisis –sociológico– de lo micro, en este caso, del vínculo de pareja y los procesos de subjetivación relacionados. Partiendo de la base de que el secreto siempre ha sido un elemento activo en estas cuestiones, lo que pretendo es visualizarlo, volver a poner el secreto en el centro del vínculo<sup>8</sup>, un punto desde donde estudiar cómo nos enredamos y las implicaciones que esto tiene en la construcción del sujeto, entre otros aspectos.

La idea de (re)activación de los secretos está inspirada en el concepto de *retro-actuación* del secreto de Denis Bertrand (2012). Este semiólogo plantea que el secreto “retro-actúa” sobre el sujeto que lo posee señalando dos procesos al respecto: por una parte, el sujeto detentador de un secreto se convierte en dueño y protector del mismo y, por otra, al igual que ya señaló Simmel (2010), el valor supuesto del objeto oculto se desplaza hasta el sujeto de forma que éste adquiere igualmente valor y prestigio (Bertrand, 2012: 31-32). Debido a su marcado carácter micro, la noción de retro-actuación es un buen punto de partida desde donde afrontar el estudio de los secretos en la cotidianidad de nuestras vidas. Concretamente, el primer proceso que señala Bertrand, el ser dueño y protector de un secreto, permite perseguir el secreto empíricamente al poner el acento en el carácter activo de mantener un secreto y con ello en los efectos de ese “mantener un secreto” en el sujeto. Sin embargo, un acercamiento de este tipo necesita ser complementado, pues la propuesta de Bertrand (2012) presenta ciertas limitaciones a la hora de dar cuenta de las prácticas efectivas de las parejas relativas a los secretos y la especial relación con la transparencia que se establece en el seno de este tipo de vínculos afectivos.

Dentro de lo cotidiano, la institución social de la pareja es un espacio privilegiado para estudiar las prácticas de los secretos por haber asumido justamente la *transparencia* como fundamento mismo de la relación, lo cual genera una serie de tensiones. Por una parte, la exigencia de una transparencia total en el seno de la pareja proviene de la interpretación realizada, bajo los marcos de sentido actuales, del ideal romántico de entrega absoluta, lo cual entra en conflicto con el contexto social actual donde los individuos aspiran a ser autónomos e independientes (Beck y Beck, 1998). De esta forma, la cuestión de llegar a un equilibrio entre autonomía e intimidad se presenta compleja debido a que, mientras demasiada intimidad puede ser vista como una especie de invasión, cierto grado de autonomía como la posesión de secretos personales no revelados significa una falta de unión verdadera y un indicio incluso de la existencia, por ejemplo, de infidelidad (Lasén, 2010).

Por otra parte, en la narrativa que acompaña a la pareja, los secretos son caracterizados de tóxicos, insanos para la relación, a la vez que paralelamente se proyecta la necesidad de que exista una comunicación permanente entre las partes que supuestamente alimentaría esa ansiada transparencia. En este discurso, tal y como identifican Lasén y Casado (2012), se están celebrando dos mitos: por un lado, el mito del amor y la pareja como unión pacífica y armoniosa regida por la transparencia donde no se producen controversias; por otro lado, el mito de la

---

<sup>8</sup> De ahí el “re” de (re)activación.

comunicación como clave para que la pareja perdure (Lasén y Casado, 2012: 555). Hablar de comunicación en estos términos, es decir, sin contemplar el *ruido*, el malentendido entre los interlocutores, responde a la aplicación del “modelo informacional”<sup>9</sup> de la comunicación, el cual no da cuenta de la complejidad de la realidad social y donde parece que la transparencia barre todo tipo de secreto. Sin embargo, desde una perspectiva crítica la situación adquiere un cariz distinto. Al aplicar el “modelo de la comunicación estratégica”, el cual contempla el conflicto, las definiciones de la situación y los fines persuasivos de la comunicación, la transparencia pasaría a ser una estrategia comunicativa que sirve para dotar de credibilidad a lo comunicado (Francescutti *et al.*, 2012). De esta forma, los secretos vuelven a ocupar su papel en la comunicación, en este caso, de la pareja, abriendo además una puerta a un análisis del vínculo distinto por encontrarse en los márgenes del discurso mayoritario.

En definitiva, bien sea por conformarse una identidad personal o por ser inherentes al intercambio, los secretos forman parte de las comunicaciones a pesar de que la presión de la transparencia los quiera, paradójicamente, esconder. Es precisamente frente a esta situación ante la cual es importante plantear conceptos como el que aquí se propone, la *(re)activación* de los secretos, con el fin de desmontar discursos trillados, como el de la transparencia en los vínculos, y acercarse a lo que está sucediendo en la práctica.

Así, analizando las relaciones de pareja desde la *(re)activación* de los secretos se puede advertir que los secretos no sólo no están reñidos con el vínculo de pareja, sino que participan en él, configurándose como elementos ineludibles en la creación y mantenimiento del mismo. En este sentido, la *reciprocidad* es una de las dinámicas identificadas en las que se ven envueltos los secretos y que hace referencia al intercambio de secretos personales entre dos sujetos, lo cual tiene como resultado un mayor nivel de intimidad en la relación de pareja.

En la dinámica de la reciprocidad los secretos se configuran como un *don*, recuperando la lógica del intercambio y la obligación que propuso Marcel Mauss (2009). Las personas entrevistadas relataban que cuando alguien comparte un secreto propio voluntariamente con otra persona significa que le está dando su confianza y que se está dando a conocer, ante lo cual, si se quiere continuar con la relación, en un período de tiempo no muy lejano el receptor de ese secreto deberá contar uno suyo de similar envergadura a esa persona. Así lo explicaba una de las entrevistadas:

“Tú cuando le cuentas a alguna persona algo tuyo íntimo personal le estás dando confianza, entonces esa persona recibe esa confianza y lo normal es que, si no te lo cuenta en ese momento diga «joer, me acaba de contar algo súper fuerte...» ¿sabes? «pues confía en mí, entonces yo puedo confiar en ella»”.

(Mujer, 27 años, sin pareja)

En este caso, los secretos son algo valioso, donde se refugia la verdad, por eso recibirlo en estas condiciones implica reconocimiento entre las partes lo cual es algo muy importante en las relaciones sentimentales, sobre todo en los inicios de la

<sup>9</sup> El “modelo informacional” de la comunicación de Shannon y Weaver (1945) se basa en una situación ideal imposible en la que no existe el ruido y ambos interlocutores utilizan un código idéntico.

relación. De este modo, lo que muestra la dinámica de reciprocidad es la (re)activación de los secretos en clave *performativa* para la pareja, pues este intercambio de información es crucial en el proceso de formación de la misma ya que, al final de la operación, existirá un vínculo más fuerte.

Sin embargo, la potencialidad de (re)activar los secretos en la pareja no se agota aquí; como se está mostrando, los secretos son relacionales, es decir, los secretos no son fuera de lo social sino que son elementos (re)activos en los vínculos; por ello, adentrarnos en el vínculo de pareja y su gestión cotidiana desde los secretos permite reconocer las diferentes posiciones y disposiciones de género desde las cuales experimentamos la vida en pareja. La gestión de la información y, por tanto, de los secretos, no es igual en varones y mujeres, es más, entendiendo el género no como algo dado sino como una identidad instituida por una repetición estilizada de actos llevada a cabo por los sujetos (Butler, 2002), a través de las formas específicas en las que se realizan, se activan, se *performan* los secretos, se producen diferencialmente dichas posiciones de género. En otras palabras, las diferentes maneras de encarnar los secretos contribuyen a definir lo que se entiende por masculinidad y feminidad en un determinado momento histórico, por lo que el secreto no solo es performativo de la pareja sino también del género.

### 3. Dinámicas de los secretos

Los secretos son sociales, con lo cual no cabe un análisis descontextualizado de los mismos. En este sentido, resulta apropiado hablar de dinámicas de los secretos para presentar los resultados de la investigación puesto que de este modo se pone de relieve el carácter procesual de la cuestión (García García, 2008), incidiendo en vez de en el qué, en el cómo operan los secretos.

A través de las tres dinámicas identificadas –descubrir/esconder; reciprocidad; guardar/revelar– se podrá comprobar de qué modo los secretos están presentes tanto en los inicios como en el desarrollo del vínculo de pareja, un vínculo donde nuestra experiencia desde el género se hace aun más evidente si cabe que en otras situaciones. La institución de la pareja es uno de los campos principales donde no sólo se reproducen las posiciones de género sino que se *hacen*, se *performan*, mediante distintas negociaciones en las que, como veremos, los secretos son elementos claves.

#### 3.1. Descubrir/esconder: el secreto como ingrediente de la pareja

La dinámica de *descubrir/esconder* relativa a los secretos que identificó George Simmel (2010) (re)activa la presencia de los secretos en los vínculos mostrando situaciones en las que los secretos son parte efectiva en la conformación del vínculo de pareja, así como distintos aspectos ligados a los secretos que protagonizan, en definitiva, la cotidianidad de la pareja.

Es cierto que en un primer momento puede parecer que los secretos generan barreras entre las personas y, por lo tanto, suponen un impedimento a la hora de formar vínculos. Sin embargo, a través de la dinámica *descubrir/esconder* podemos comprender cómo en numerosas ocasiones, más que obstáculos, la presencia de

secretos se transforma en un aliciente en la cognición puesto que esas barreras no son estables y, de hecho, la propia dinámica de la que hablamos conduce a intentar sobrepasarlas (Simmel, 2010).

Concretamente me estoy refiriendo al magnetismo que irradian los secretos, ese halo de oscuridad y misterio que los envuelve y que despierta la curiosidad de muchos, quizás porque “*del secreto que rodea todo lo profundo e importante, surge el típico error de creer que todo lo misterioso es profundo e importante*” (Simmel, 2010:61). Aparte de la motivación, lo que interesa aquí es que el gesto de esconder asociado a los secretos tiene la propiedad de atraer a potenciales descubridores independientemente del contenido de éstos.

Así, en el ámbito de la pareja se puede reconocer esta dinámica en la fase de la *seducción*. Las personas entrevistadas explicaban que muchas veces lo que les impulsaba a establecer un primer contacto con alguien era percibir un poco de misterio a su alrededor, notar que hay algo más detrás de lo que se está mostrando, lo cual les generaba intriga por conocer a esa persona. Así recordaba una informante la primera impresión que tuvo de su actual pareja:

“Lo típico del morbo, ¿no? ¡Qué chico más interesante! ¿no? ahí callao, ¡qué tendrá que decirte! [*Risas*] luego lo destapé y ¡vaya! era como todos los demás [*Risas*] que no que no”.

(*Mujer, 30 años, pareja 3*)

En este contexto, el secreto –entendido como una atmósfera o formato– dota de un aire interesante al sujeto que lo posee, convirtiéndose en una suerte de reclamo que despierta en el seducido la tentación de descubrirlo, de forma que hacer este tipo de inferencias en la interacción (Goffman, 1997) incita a conocerse.

Además, los secretos también están presentes en la seducción en otro sentido, ya que contribuyen a dar coherencia a una determinada actuación que el sujeto quiera sostener en la presentación (Goffman, 1997) e, incluso, posteriormente. De hecho, los individuos son conscientes de esta potencialidad de los secretos, pues en numerosas ocasiones, relataba esta entrevistada, cierta información personal se intenta ocultar al conocer a alguien, mostrándola de forma dosificada en el tiempo:

“En el fondo te vas mostrando poco a poco porque también hay muchas de las cosas que igual tú muestras que a la otra persona puede que no le gusten, también hay que saber qué se va mostrando en cada momento para también ir enganchando a la persona ¿sabes?”

(*Mujer, 27 años, sin pareja*)

En realidad, el secreto en la seducción protagoniza su propio *ritual* –en el sentido de Goffman (1997)– puesto que para seducir se necesita la participación del seducido. Es decir, la (re)activación de los secretos en este caso responde a un orden ceremonial (*Ibid.*) en el que una de las partes gestiona la información, como hemos visto, pero necesita de la otra parte en tanto que ésta debe representar un papel *naïf*, crédulo de que hay algo detrás, más profundo y que es información interesante.

Ahora bien, esa curiosidad en clave “positiva” que suscita la presencia de secretos en la seducción, se modifica con el cambio de *marco* que se produce al establecerse la pareja (Goffman, 2006). A priori, un secreto personal en el ámbito de la pareja resulta difícil de encajar por la quiebra del pacto de transparencia que supone. Asimismo, no sólo resulta inadmisibles por el formato de ocultación, sino porque se le suele atribuir como contenido “*el mal*” (Simmel, 2010). Esta asociación de los secretos con el mal que, dicho sea de paso, alimenta el mito de la transparencia, podría derivarse –como apuntó Simmel (2010)– de que, aunque el secreto en sí mismo no es el mal, el mal sí que se esconde en el secreto (*Ibid.*: 59). De ahí que advertir la presencia de un secreto en una fase avanzada de la relación lo que despierta es una sospecha de que algo va mal y así aparecía asociada constantemente en las entrevistas la idea de tener un problema y esconder un secreto:

“Tú al principio guardas un secreto porque te resulta... importante ¿no? Que te implica, te conmueve, te, te preocupa, te preocupa el hecho de que se sepa entonces tú lo guardas en secreto, en el momento eso deja de importante o dejas de verlo como un problema, ya no es –o sea... ya puede no ser– no ser un secreto”.

(Mujer, 28 años, pareja 6)

Según este razonamiento, si algo no te preocupa puede dejar de ser un secreto. Por lo tanto, volvemos a esa imagen de los secretos como contenedores de información valiosa pero de la que no se nos está haciendo partícipe, lo cual puede hacer tambalearse la relación. En este sentido, una chica contaba que lo que le había molestado realmente del hecho de que una antigua relación de su pareja se hubiera puesto en contacto con éste mediante una red social era que él no se lo había contado, hecho que pone en relieve que la traición en la pareja es el acto de no contar en sí mismo, más allá del contenido del secreto:

“En fin, a mi me fastidió simplemente que no me lo hubiera contado que la chica le había escrito, le había ‘agregao’ y todo eso”.

(Mujer, 27 años, pareja 1)

Por ello, cuando se detecta la existencia de un secreto en la pareja, es perseguido con el fin de descubrirlo y restablecer el pacto de transparencia, pero a veces, ante esta presión por eliminar un secreto, la reacción puede no ser la de dejarse descubrir sino esconderlo con mayor determinación por el recelo a la privacidad dentro de la pareja, poniéndose de relieve una vez más ese difícil equilibrio entre autonomía e intimidad en este ámbito (Lasén, 2010). Sin embargo, difícilmente se zanje ahí el conflicto ya que, como se explicará más adelante, existen demasiados *dispositivos* (Foucault, 1999) que ejercen presión en el sujeto para que aquello salga a la luz, los mismos, por otra parte, que facilitan que se intuya la existencia de un secreto. Y es que los secretos son *encarnados* hasta tal punto que las personas entrevistadas afirmaban que esconder un secreto “*se nota*”:

“En el fondo vas a acabar diciéndolo, o sea, porque de una forma, ya sea hablando o ya sea de la forma de actuar, se nota, esas cosas se notan, cuando hay algo ahí que

mmm... –que está– te está ronroneando por dentro, esas cosas si conoces bien a la otra persona lo notas, dices “¿qué pasa? Está pasando algo y no me lo estás contando””.

(Varón, 28 años, pareja 3)

Como se puede observar, existe el convencimiento de que llega un punto en el que conoces tanto a una persona que ésta no va a poder ocultar nada sin que tú lo percibas, pues ello se verá reflejado, aunque sea mínimamente, en su forma de actuar. De esta forma, el discurso sobre el secreto recupera su corporalidad, recordándonos que “*el cuerpo no es un mero receptor de preceptos sociales, sino que también participa activamente en los procesos sociales*” (Selgas y Casado, 2010).

En definitiva, la dinámica de descubrir/esconder nos ha servido para realizar un primer acercamiento a las diferentes (re)activaciones de los secretos y sus implicaciones en los distintos momentos de la relación de pareja, visualizando cómo la percepción del secreto cambia cuando cambia el *marco* de sentido de la pareja (Goffman, 2006). Mientras en la seducción los secretos casi se vuelven un recurso de los individuos con el que negocian a su favor, en las fases posteriores de la pareja el significado de que exista un secreto varía junto con el grado de control de los efectos del secreto que posee el individuo, dependiendo del marco (o marcos) que gobiernen la situación en cada momento (Goffman, 2006).

### 3.2. La reciprocidad de los secretos: el género en la construcción de la pareja

Si hasta aquí hemos podido observar cómo la dinámica de la reciprocidad sirve para concretar la (re)activación de los secretos en tanto que performativos de la pareja, podemos ahora considerarla desde otra perspectiva y ver cómo en esta misma dinámica se configuran y reconfiguran las diferencias de género. Como se ha visto, el secreto es relacional, con lo cual y precisamente por ello, no puede escapar a la variable de género presente en todo vínculo social y en especial en las relaciones de pareja. En este sentido, en el funcionamiento de la reciprocidad de los secretos en la pareja nos encontramos con un especial despliegue y reafirmación del género.

Recordemos brevemente que la dinámica de reciprocidad hace referencia a la correspondencia que demanda, por lo general implícitamente, el desvelamiento de un secreto en el ámbito de la relación de pareja, siendo crucial en sus inicios y convirtiéndose más tarde en una constante incuestionable. Lo primero que hay que tener en cuenta respecto a esta dinámica es que la demanda de reciprocidad se desencadena a raíz de la exposición del individuo que conlleva el revelar ciertos secretos personales. Los sujetos son conscientes de que la información es poder y que compartir sus intimidades supone asumir unos riesgos, pues quedan abiertos a la coerción<sup>10</sup> (Gallego, 2011), por ello se exige, normalmente de forma implícita, que la otra persona realice ese mismo ejercicio de sinceridad, tal y como admite esta informante:

<sup>10</sup> Una referencia al respecto en la literatura la encontramos en el libro *Capercucita en Manhattan* de Carmen Martín Gaité (1998): “*a quien dices tu secreto, das tu libertad*” (*Ibid.*: 183), aunque está tomado del clásico de *La Celestina*, lo cual señala que es una idea no sólo que pertenece a nuestro imaginario, sino que perdura en el tiempo.

“Aunque yo lo reconozca que quizás yo me he ‘mojado demasiao’, sí que se le exige un poco a la pareja que se porte un poco de la misma manera que tú, tristemente porque al fin y al cabo es una decisión personal”.

(*Mujer, 27 años, pareja 1*)

Además, el hecho de que contar un secreto nos deje en cierta manera expuestos, dota de valor al gesto, convirtiéndose en una muestra de compromiso y reconocimiento<sup>11</sup> necesaria para generar ese clima de confianza donde los individuos se darán a conocer avanzando en su vínculo, en este caso, de pareja. Así, poco a poco, a través de esta dinámica la pareja se va configurando como nuestro *confidente*, aquella persona a la que se le puede contar todo y, en consonancia con el ideal de transparencia relativo a las relaciones sentimentales que persiguen los sujetos, a la que se le *debe* contar todo<sup>12</sup>. Sin embargo, de acuerdo al trabajo de campo, este proceso no es incorporado de la misma forma por varones y mujeres; aunque para ambos géneros la pareja encarna la “figura del confidente”, para las mujeres ciertas relaciones de amistad o familiares que mantienen también las podrían considerar sus confidentes, cosa que no ocurre en el caso de los varones, pues para ellos la figura del confidente se presenta exclusivamente ligada a la pareja. Del relato de los entrevistados sobre esta cuestión destaca la dificultad que tienen los varones para llegar a abrir un espacio de confianza. Como decía, ellos no suelen hablar con sus amigos de ciertos temas personales por considerarlos demasiado privados, reservando ese grado de confesión para la relación de pareja. Así lo relataba este entrevistado:

“La pareja, la persona que vive contigo pues se presenta como el compañero ideal para hablar de estos temas, es como un poco realmente como si hicieses un poquito de terapia también, ¿no? De... pues ya no desahogar o no sé, pero por lo menos poder exteriorizar o sacar algunos temas que si no fuera con esta persona quizás no tendrías oportunidad de sacarlos”.

(*Varón, 29 años, pareja 6*)

Tanto es así que, por lo general, los varones aseguran no haber experimentado previamente a la pareja una relación tan cercana en el sentido de exteriorizar sus inquietudes más personales. No obstante, reconocían que de forma excepcional sí que han podido acudir a alguna relación de amistad cuando no tenían pareja para contarle algo íntimo, pero estas “confesiones” siempre las asociaban a la necesidad, es decir, a que tenían un problema puntual y sentían la necesidad de hablar con alguien, al mismo tiempo que para ello escogían preferentemente a una mujer porque, como abordaremos más adelante, compartir secretos fuera del ámbito de la pareja se considera un acto femenino<sup>13</sup>.

<sup>11</sup> Las dinámicas de reconocimiento son fundamentales en el establecimiento y mantenimiento de la pareja, sin duda fuertemente vinculado con las dinámicas de los secretos en la pareja. Se trata de un tema complejo que por cuestiones espaciales es imposible abordar aquí, pero para un análisis en línea con lo aquí defendido, véase García Selgas y Casado, 2010.

<sup>12</sup> Como veremos más adelante, la confesión de un secreto se ha configurado en nuestra sociedad no solo como una forma de buscar el perdón o eximirse de culpa, sino también como una consumición del *self* (Foucault, 1999).

<sup>13</sup> Compartir secretos sería una de esas prácticas consideradas “femeninas” y, por tanto, de las que los varones—según el sociólogo Michael Kimmel (1997)— se tienen que alejar para construir y reconstruir sus

El origen de las reticencias de los varones a compartir sus intimidades se halla en su concepción de secreto o, en términos goffmanianos, el *marco* de sentido que prevalece en su percepción del secreto (Goffman, 2006). Si nos fijamos, la imagen que están manejando los varones sobre los secretos es la de los secretos revelados como potencial elemento de coerción (por la exposición que suponen de su persona), o lo que es lo mismo, desde el discurso masculino los secretos son (re)activados como garantes de independencia en tanto en cuanto no son compartidos.

Por ello admitir el seno de la pareja como un espacio en el que poder ser “vulnerables” conllevará el establecimiento de una *frontera* que delimite y defina un “nosotros/ellos”, es decir, el espacio de la pareja como entidad privada – identidad de pareja– y el exterior. Esta frontera se basa precisamente en el manejo de los secretos, pues éstos tienen que existir hacia fuera y no hacia dentro, donde debe reinar la transparencia (Lasén y Casado, 2012). Así, de algún modo la ficción de la masculinidad como algo “duro”, “impenetrable” quedaría preservada, siempre que la pareja mantenga el vínculo y conserve esa vulnerabilidad del varón tras sus fronteras.

El requisito de la frontera se hizo evidente en el trabajo de campo cuando se trató el tema de las confidencias entre las relaciones de amistad y de pareja. El dilema surgía ante el hecho de que las mujeres, aparte de la pareja, suelen tener ciertas relaciones de amistad a las que también consideran sus confidentes y, por tanto, con las que pueden compartir intimidades entre las que se incluyen informaciones relativas a su relación de pareja. Frente a ello, los varones suelen reivindicar la frontera que separa la pareja del resto del mundo, manifestando que no les gusta que sus parejas compartan información de la relación con sus amistades, como hace este chico:

“¿Por qué me molesta? Hombre, porque digamos que se está... se está invadiendo un espacio muy... no sé, la privacidad propia de la persona ¿no? Son cosas que no cuento a nadie ni a casi nadie o que son comportamientos que sólo los conoce cierta gente, o hábitos o... claro entonces son temas que igual a mi no me... no me gusta que la gente lo sepa o tal pero ya te digo, también es comprensible que la gente necesite hablar ciertos temas con otra”.

(Varón, 29 años, pareja 6)

Sin embargo, es curioso que no es el único entrevistado que después de decir que no les parece bien que las mujeres hablen tanto, a renglón seguido añadía que entiende que ellas en parte lo *necesiten*; una vez más vemos asociada la idea de que compartir intimidades es propio de las mujeres, a la vez que los varones se desvinculan de esa supuesta “necesidad” femenina reafirmando en su masculinidad. Por todo ello, para los varones la exigencia de reciprocidad en la relación de pareja, o sea, no sólo compartir intimidades sino que esto se realice de forma rutinaria, se les configura como una práctica que tienen que *aprender*, un cambio individual que, como cuenta este informante, nace en la pareja:

---

masculinidades (*Ibid.*: 52). En todo caso, de realizar un varón esa práctica de compartir un secreto, rara vez sería con otro varón, puesto que son precisamente los otros varones quienes evalúan la hombría, la virilidad (*Ibid.*: 54-55).

“Creo que hemos ido cambiando, porque claro una persona no es igual ahora que hace cinco años o que lo será de aquí diez, la gente también... y la misma relación te va... te va modelando en algunos temas y te va... te va cambiando, por lo que digo, porque por ejemplo yo habría antes muchísimos temas que yo sería totalmente reservado a... a externalizarlos y en relación podemos hablar, podemos estar una tarde hablando de un tema pues... que antes hace diez años eso no lo hubiera ‘comentao’ igual con nadie”.

(Varón, 29 años, pareja 6)

Este movimiento hacia la verbalización de preocupaciones personales en el caso de los varones es caracterizado por ellos mismos de “evolución”, percibiéndolo como un signo de madurez, es decir, algo positivo, lo cual entra en conflicto con el discurso que acabamos de ver donde se criticaba el intercambio de secretos al retratarse como una necesidad de carácter femenino.

Asimismo, se ha observado en varones y mujeres un movimiento inverso en este tema, ya que mientras que para los varones compartir sus intimidades es un acto de madurez, en las mujeres significa todo lo contrario, para ellas el crecimiento personal está más ligado a *aprender a callar*. Así explica una chica el cambio que ha realizado ella al estar en pareja con respecto a la información que comparte –o compartía– fuera de la pareja:

“Si bien lo haces mucho más reservada en algunas cosas que... simplemente son innecesarias, –que– que... no las tienes que contar y ya está”.

(Mujer, 27 años, pareja 1)

Aunque habría que indagar más en ello, se puede apuntar una posible relación entre esa demanda más firme por parte de los varones de la frontera y el aprendizaje a callar de las mujeres<sup>14</sup>. Esta relación se fundamenta también en el motivo de “no confrontación” que daban algunas mujeres entrevistadas para justificar por qué a raíz de tener pareja habían ido estableciendo límites a la transparencia en sus relaciones de amistad, siendo que previamente compartían todos los entresijos de sus vidas:

“Imagínate que has tenido una pelea con tu novio y tú le cuentas esa pelea a tu amiga y... en otro momento, una vez pasada esa pelea, que vuelves a tener otra o estás hablando mal de tu pareja que estás en el calentón tu amiga te dice ‘sí y además acuérdate de esta otra cosa que me contaste...’ ¿sabes? y entonces es como que... sabe demasiadas cosas de tu pareja [*Risas*]”.

(Mujer, 27 años, pareja 1)

La (re)activación de los secretos en este sentido sirve para evitar la *confrontación*, o sea, por proteger la relación de pareja de posibles opiniones hirientes sobre ésta; razón que, por otra parte, refuerza a la vez que deja entrever los “trabajos” de un determinado ideal de pareja en el que el conflicto es secuestrado (Lasén y Casado,

<sup>14</sup> Con ello no se quiere pasar por alto que, independientemente de la motivación que les lleva a prestar mayor atención en la información que comparten, es algo que puede resultar positivo para las mujeres por volverles más conscientes de los riesgos de compartir secretos y así intentar ser más dueñas de sus palabras.

2012). En definitiva, al igual que ocurre en el nivel de la identidad personal, donde compartir secretos nos deja expuestos, la identidad colectiva de la pareja aparece como un núcleo que hay que proteger, no compartiendo demasiado sus intimidades para evitar los riesgos que supone la exposición.

### 3.3. Guardar/revelar secretos en la pareja: subjetividades con género

Llama la atención que todas las personas entrevistadas tuvieran el convencimiento de que los secretos son algo así como un “estado” de las cosas, es decir, una condición por lo general pasajera puesto que, tal y como lo expresaban ellos, “*al final todo sale*”. Esta creencia se basa en lo costoso que les resulta mantener un secreto, en este caso, dentro de la relación de pareja. En este contexto, donde opera la lógica de la transparencia, guardar un secreto se convierte en algo que requiere esfuerzo, constancia, se vuelve un *trabajo*:

“en cuanto te afecta lo tienes que contar, porque si no se va haciendo dentro una bola que... que al final se hace tan grande que te hace soltarlo, por lo menos a mí”.

(Varón, 28 años, sin pareja)

En la (re)activación del secreto como un *trabajo*, el factor del *tiempo* se transforma en una amenaza, ya que conforme avanza aumentan las probabilidades de que ocurra un momento de despiste, propio del agotamiento de intentar frenar lo que desde el principio se piensa como inevitable, que precipite la revelación. Es más, como ya se ha señalado en alguna ocasión, en el caso específico de la pareja dejar transcurrir el tiempo antes de la revelación es en sí mismo reprochable. Todo ello conduce a que la tensión de esta dinámica finalmente derive en la revelación del secreto en cuestión, momento en el que, paradójicamente, como el dinero en el instante de realizar un pago, el secreto adquiere su máximo valor (Simmel, 2010). Además, fruto de esa tensión, revelar un secreto deviene incluso una tentación debido al “*placer de la confesión*” (Simmel, 2010: 62-63; Foucault, 1999).

No obstante, durante más o menos tiempo, pero se siguen guardando secretos y, de hecho, es un acto performativo de género en tanto que las motivaciones por las que varones y mujeres guardan un secreto son distintas, contribuyendo así a perfilar una idea de feminidad y masculinidad en un determinado momento histórico (Butler, 2001). Cuando se les preguntaba a los varones entrevistados por qué habían guardado o guardaban secretos hacia su pareja, la respuesta mayoritaria era que lo hacían por *protección*, por “proteger a la otra persona”, ya que como vimos los secretos a veces esconden aspectos negativos que pueden hacer daño si salen a la luz:

“hombre, normalmente procuras proteger a la otra persona, si es algo que va a afectarle negativamente y... y no es muy transcendente pues... pues igual tampoco lo cuentas, más que nada porque para qué tienes que malhumorar o disgustar a una persona innecesariamente, ¿no?”.

(Varón, 29 años, pareja 6)

Esta figura de “el hombre protector” es clave en la construcción de las masculinidades en nuestra sociedad y remite en última instancia al imaginario del varón fuerte que tiene que proteger a la mujer débil, propio de un orden sexista.

Frente a esto, lo que identificaban automáticamente las mujeres como causa de mantener algo en secreto era la *vergüenza*, la *inseguridad*:

“Yo secreto lo enlazaría a inseguridad, no sé, cuando te guardas una cosa es que no estás seguro de qué pasa, ¿sabes? O qué... o qué van a pensar de ti o qué va a destruir si se sabe o qué... pero es miedo ¿no?, es inseguridad y miedo, sí, yo creo que los secretos son miedo, miedo a tal si no ¿para qué van a estar? Tú te guardas algo por miedo a que pase algo si se sabe”.

(Mujer, 30 años, pareja 3)

De esta forma podemos observar que en vez de una respuesta equivalente a la de los varones donde guardarse un secreto es casi un hecho altruista por su parte, un ejercicio del que incluso salen reforzados, las mujeres en su caso lo relacionan con el miedo a la no aceptación de lo que son o lo que hicieron, autocriticándose y reconociéndose como vulnerables.

Otros estereotipos de género que se alimentan y se recrean desde esta dinámica son el de la “racionalidad reflexiva” identificada con lo masculino y el “dejarse llevar” acuñado como femenino. Me estoy refiriendo concretamente al imaginario que manejaban las personas entrevistadas según el cual a *ellas* les resulta más difícil guardar un secreto por su impulsividad, impaciencia, demanda de inmediatez que les lleva a precipitar los sucesos, en contraste con la serenidad, el pensar en frío y razonar las vicisitudes propio de *ellos*. De hecho, la propia entrevistada se da cuenta de que en su comentario resuenan prejuicios de género:

“Yo soy de las que o hablamos hoy o ya no duermo, no sé si va con las mujeres o con algún tipo de mujeres, porque también hay hombres que son así, no quiero sexualizar la situación ¿no? [Risas] pero le pasa más a amigas mías que amigos míos”.

(Mujer, 30 años, pareja 3)

La tensión que entraña la dinámica de guardar/revelar es clave para comprender la relación entre los secretos y las subjetividades, pues su desenlace, la confesión, trasciende el contexto de la pareja para el individuo, configurándose como una forma de construcción del *self*, como veremos a continuación.

#### **4. La confesión: el secreto como una tecnología del yo**

A modo de recapitulación podemos decir que guardar un secreto hacia a la pareja supone una carga para el individuo, que ve en la confesión una vía de escape, un modo de liberarse del sentimiento de culpabilidad originado por el pacto de transparencia en el que se fundamenta la pareja contemporánea. Sin embargo, esto es resultado de un proceso perverso.

La confesión no es sólo una opción más que tiene el individuo cuando posee un secreto, sino que se convierte en una salida muy común en tanto que la confesión es una *tecnología del yo* (Foucault, 1999). Según Michel Foucault las “tecnologías del yo” son todas aquellas operaciones llevadas a cabo por el propio individuo relacionadas con el autocontrol y la reflexividad para la dominación del *self* (*Ibid.*: 48)<sup>15</sup>. De este modo, la alternativa de la confesión adquiere fuerza, no sólo en situaciones límite en las que al individuo le pesa el hecho de ocultar una determinada información a su pareja, sino que la verbalización de los pensamientos es una práctica que se realizará sin presión externa directa con el fin de constituir positivamente el *yo*.

Pero la confesión de un secreto como tecnología del yo es un arma de doble filo, puesto que ya vimos que revelar un secreto nos deja abiertos a la coerción, con lo cual estamos ante una tecnología del yo que funciona al mismo tiempo de “tecnología de poder”. Por lo tanto, el resultado cuanto menos inquietante del dispositivo de la confesión es que, sin intervención directa de poderes exteriores, la propia práctica de la confesión llevada a cabo para producir verdad acerca del sujeto (tecnología del yo) implica el reconocimiento de la autoridad de un determinado régimen de poder-saber que a la vez que constituye al sujeto lo somete a una potencial dominación externa. En este sentido, se puede decir que la confesión es una tecnología del yo que (re)activa el secreto como mecanismo de control.

La particular condición de la confesión –siendo a la vez una tecnología del yo y una tecnología de poder– es crucial para entender la primera conclusión de este trabajo, a saber, los secretos son *performativos* de la pareja. A través de la dinámica de la reciprocidad, que hace referencia a la correspondencia en el intercambio de secretos en la pareja, los individuos avanzan en el vínculo que los une. La confesión es una tecnología de poder porque nos deja vulnerables a un control externo, de ahí que el hecho de contar un secreto es una muestra de confianza y compromiso con la otra persona y con la adecuada correspondencia a ese acto (otra confesión) el resultado es una profundización en el vínculo.

No obstante, si tenemos en cuenta que la confesión es una tecnología del yo, podremos advertir que compartir un secreto en el seno de la pareja tiene un fin en sí mismo. Por medio de la confesión el sujeto construye y consume a la vez su subjetividad (Foucault, 1999), lo cual hace que la resistencia a la confesión –derivada de ésta en tanto que tecnología de poder– desaparezca y se hable incluso del “*placer de la confesión*” (Simmel, 2010: 62-63). De hecho, esta caracterización de la confesión aparecía claramente en el relato de los varones –quienes recordemos que se han llegado a referir a esta práctica como “*hacer terapia*”– pues para ellos, al ser un acto casi exclusivo de la vida en pareja, la confesión de sí mismos es muy valorada.

En definitiva, la doble faz de la confesión (re)activa al secreto como performativo de la pareja; por un lado, el individuo como *prosumidor*<sup>16</sup> de su subjetividad emplea la tecnología del yo de la confesión, más o menos consciente

<sup>15</sup> Tal y como explica este autor a través de un estudio genealógico, el cristianismo introdujo la confesión como una tecnología del yo para renunciar al propio yo. Desde el s. XVII hasta el presente, las técnicas de verbalización han sido reinsertadas en un contexto diferente por las llamadas ciencias humanas para ser utilizadas sin que haya renuncia al yo, pero para constituir positivamente un nuevo yo.

<sup>16</sup> *Prosumidor*: consumidor y productor contemporáneamente.

de que, por otra parte, la confesión hace pareja por el compromiso que se desprende de ella en tanto que tecnología de poder.

Sin embargo, estas prácticas de los secretos no son incorporadas de la misma manera según género. Para los varones prima la concepción de la confesión como tecnología de poder, por ello se reserva al ámbito de la pareja y a cambio del establecimiento de una frontera entre la pareja y el exterior que continúe garantizando su autonomía e independencia. Pero esta frontera afecta a las mujeres suponiéndoles una limitación en la construcción de su *self*, pues entre sus prácticas destaca la confesión como tecnología del yo, teniendo más de un confidente (familia, amigos) fuera de la pareja. A partir del análisis de casos como éste, lo que se trasluce es que no solo la manera en la que gestionamos la información difiere según género, sino que los secretos son *performativos* del género, lo cual es la segunda conclusión de este trabajo.

En conclusión, la intención de este trabajo era reivindicar la importancia de los secretos en sociología, pero no desde la crítica cultural abstracta –como hizo Simmel (2010)– sino más bien en la línea de los “conocimientos situados” de Haraway (1995), es decir, desde una perspectiva crítica donde se persigue poner los conceptos a trabajar en un ámbito restringido y acotado como es la pareja. En este sentido, el concepto de (re)activación de los secretos es válido, ya que “operacionaliza” al secreto, permitiéndonos dar cuenta de él en la cotidianidad de nuestras vidas, esto es, sin separarlo de sus contextos.

## 5. Bibliografía

- Beck, U. y E. Beck (1998): *El normal caos del amor*, Barcelona, El Roure Editorial.
- Bertrand, D. (2012): “Los regímenes semióticos del secreto”, *Revista de Occidente*, 374-375, pp. 27-40.
- Butler, J. (2001): *Género en disputa*, Barcelona, Paidós Ibérica.
- Butler, J. (2002): *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*, Barcelona, Paidós Ibérica.
- Foucault, M. (1990): *Tecnologías del yo*, Barcelona, Paidós Ibérica.
- Francescutti, P. et al. (2012): “El fenómeno de WikiLeaks: entre la teoría de la información y la comunicación estratégica”, *Revista de Occidente*, 374-375, pp. 197-211.
- Gallego, J. (2011): “¿Somos lo que escondemos? Sobre la identidad y el secreto”, *Imagonautas*, 1, pp. 96-119.
- García García, A. A. (2008): “¿Qué les pasa a los hombres? A propósito de las dinámicas identitarias en la modernidad tardía”, *Arxius*, 19, pp. 41-51.
- García Selgas, F. y E. Casado Aparicio (2010): *Violencia en la pareja: género y vínculo*, Madrid, Talasa.
- Goffman, E. (1997): *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- Goffman, E. (2001): *Estigma. La identidad deteriorada*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Goffman, E. (2006): *Frame Analysis: los marcos de la experiencia*, Madrid, CIS y Siglo XXI.
- Haraway, D. (1995): *Ciencia, Cyborgs y Mujeres*, España, Ediciones Cátedra.

- Injuve (2010): “3. Pareja”, *Juventud en Cifras*, Madrid, Observatorio de la Juventud en España, Instituto de la Juventud.
- Kimmel, M. S. (1997): “Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina”, Valdés, T. y Olavarría, J., eds., *Masculinidad/es: poder y crisis*, Chile, ISIS-FLACSO-Ediciones de las Mujeres 24.
- Lasén, A. (2010): “Mobile culture and subjectivities: an example of the shared agency between people and technology”, en Fortunati, L. et al., eds., *Interacting with Broadband Society*, Frankfurt am Main, Berlin, Bern, Bruxelles, New York, Oxford, Wien, Peter Lang, pp. 109-123.
- Lasén, A. (2011): “Mobiles are not that personal the unexpected consequences of the accountability accessibility and transparency afforded by mobile telephony”, en R. Ling y S. Campbell, eds., *The Mobile Communication Research Series: Volume II, Mobile Communication: Bringing Us Together or Tearing Us Apart?*, New Brunswick, NJ, Transaction Publishers.
- Lasén, A. y E. Casado (2012): “Mobile Telephony and the Remediation of Couple Intimacy”, *Feminist Media Studies*, 12 (4), pp. 550-559.
- Martín Gaité, C. (1998): *Caperucita en Manhattan*, Madrid, Siruela.
- Mauss, M. (1925): *Ensayo sobre el don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*, Buenos Aires, Katz Editores, 2009.
- Sedgwick, E. K. (1998): *Epistemología del armario*, Barcelona, Ediciones de la Tempestad.
- Simmel, G. (1908): *El secreto y las sociedades secretas*, Madrid, Sequitur, 2010.